

de esta sociedad mexicana que de la idiosincrasia de la raza indígena y de la educación colonial y de la anarquía perenne de las épocas de revuelta, ha heredado el recelo, el disimulo, la desconfianza infinita con que mira á los gobernantes y recibe sus determinaciones; lo que criticamos es, probablemente, el reflejo de nosotros mismos en el criticado.

Sea de eso lo que se quiera, será siempre una verdad que la primitiva resolución del caudillo revolucionario en el asunto de los ferrocarriles internacionales, fué pronta, fué segura, no se desnaturalizó luego, fué el primer día lo que ahora es; y se necesitaba por cierto sobreponerse á la angustia del porvenir con ánimo inmensamente audaz y sereno y tener inquebrantable fe en el destino de la patria, y pedir con singular energía moral una fuente de fuerza y de grandeza á lo que parecía el camino obligado de nuestra servidumbre económica, para haber abierto nuestras fronteras al riel y á la industria americana ¡Y en qué momentos! Uno de los invencibles temores del señor Lerdo, y justificado y racional á fe, era el semillero de peligrosísimos conflictos con los Estados Unidos que acaso surgirían del compromiso de pagar subvenciones que el estado de nuestro erario jamás podría cumplir. El señor Díaz, fiando la seguridad de evitar esos conflictos precisamente á la transformación económica, por ende financiera, que el país sufriría á consecuencia de la realización de los ferrocarriles proyectados, se atrevió á contraer obligaciones nacionales que importaban muchos millones de pesos, en momentos en que nuestro erario estaba exhausto y no había dinero en las arcas para pagar los haberes del ejército.

Efectivamente, la cuestión financiera amenazaba paralizar todo el impulso del Presidente hacia las mejoras materiales de carácter nacional; desorganizada completamente la frontera del Norte por la complacencia ó debilidad de las autoridades locales para con los reyes del contrabando, éste tomaba proporciones colosales; las plazas del interior de la República se inundaban de efectos mercantiles fraudulentamente importados, y el *hvac* de las rentas aduanales había producido una especie de pavoroso malestar, porque se juzgaba irremediable. Vino á complicarlo todo la lucha política, no la que buscaba el favor del país elector, ni alfabeto ni inteligente, que vota en segundo grado, sino la que disputaba la preponderancia en el ánimo del Presidente, que tenía ya suficiente autoridad moral para que una indicación suya fuese acatada por los colegios electorales. Pero el término presidencial se acercaba; el general Díaz tiró entonces las muletas de Sixto V, rompió resueltamente con sus consejeros íntimos que querían imponerle un candidato; escogió el suyo, lo puso de hecho á la cabeza del ejército, y en medio de una situación preñada de amenazas, pero no exenta de esperanzas, dejó el poder á uno de los más audaces, de los más bravos, de los más leales de sus colaboradores revolucionarios. La nación estaba perpleja ante el nuevo presidente. El general González era todo un soldado. ¿Era un hombre de gobierno?

Hubo una gran esperanza; el nuevo ministerio se componía de ciudadanos probos, el ex Presidente Díaz formaba parte de él; hubo claramente un movimiento de ascensión. Las grandes empresas ferroviarias internacionales parecían sembradoras de *dollars* en el surco inmenso que acotaban los rieles desde la frontera al centro del país; la cosecha inmediata consistía en el trabajo remuneratorio como jamás lo había sido para el bracero y el obrero mexicanos; observóse, á compás de la plenitud de las arcas fiscales, á los empleados contentos, al ejército mimado y al espíritu de empresa subido al rojo-blanco por el foco de calor, de patriotismo, de amor á la fortuna y amor al progreso que el nuevo ministerio de Fomento, Pacheco, llevaba en el alma. Al arrimo de esa situación singular se proyectó todo: colonizaciones, irrigaciones, canalizaciones, quiméricos ferrocarriles interoceánicos en Tehuantepec, formación artificial de puertos que no existían en el Golfo, esbozos de marinas nacionales, creadas de golpe, y poderosas instituciones bancarias en que parecía que el capital mexicano debía afluir para abrir paso á la industria y al comercio en el nuevo período que apuntaba en el horizonte. Por desgracia, al hecho positivo de la construcción de las vías férreas, que, para ser productivas, exigían otras y otras, y una red entera que fuese cubriendo el suelo nacional, se adunaba lo precario, por transitorio, del auge creado por el dinero americano invertido en las construcciones, auge que á algunos financieros pareció indefinido. A la sombra de esa engañosa bonanza, el desorden y la imprevisión administrativa se hicieron habituales; el interés del país fué, en manos de los



TOMO SEGUNDO

Conclusión

D. RAMÓN CORRAL

MINISTRO DE GOBERNACIÓN

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

TOMO SEGUNDO

Conclusion

D. RAMÓN CORRAL

MINISTRO DE GOBERNACION

